



Lewis Carroll, en el uso de la Palabra, comete aún hoy el ABUSO de quebrantar su soberanía y su transparencia merced a (y contra) sus propias leyes, las del más fuerte. Ejerce todavía el poder de abuso del lenguaje contra el lenguaje de abuso del poder. Quienes no reconocen la subversión carrolliana han de invocar el mismo principio de realidad (por ejemplo, ciertos datos biográficos del clérigo Dodgson) contra cuya potestad se creó, precisamente, el mundo de Carroll, su literatura.

LA CAZA DEL SNARK es una de las más desmedidas comarcas de ese mundo. Se trata de un POEMA EPICO a la vez genuino —pues ningún ingrediente básico del género le falta— y espúreo —porque también la epopeya atraviesa el espejo y se trastorna—. Sus héroes, tan modernos como los de Melville o los de Beckett, son tan cercanos como nuestros pro-



pios amigos. Personajes en busca de algo que se resiste al ser y al confrontarse, el Snark, una objeción que apenas llega a objeto y que reduce a los sujetos a la simple sujeción a su deseo, a la intemperie de su insensatez, y eso les parte el alma. Ahí los tenemos accediendo al relato a través de otros relatos que se han impuesto, fantaseando la agonía que protagonizan pero que no lograrán vivir, valientes, miedosos y desposeídos. Su Snark no es, pues, un animal fantástico, ni un ideal, ni un valor positivo: es el índice desnudo que señala su carencia (su querencia), el exceso de su dignidad y de nuestra risa, nuestra convulsa afección a lo imposible.

Aquí se trata de darles una carne, una voz y un espacio para que posean, al menos, signos tan inconfundibles como los del Snark. Pero esos signos no acotan su (sin) sentido, y ni siquiera el éxtasis de cazar el Snark les consuela.

GONZALO ABRIL